

**V PREGON DE LOS ESTUDIANTES QUE DEDICA A LA  
ARCHICOFRADIA DE NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO  
DE LA SANGRE, SANTO CRISTO VERDE Y NUESTRA  
SEÑORA DE LA SANTA VERA CRUZ,  
EN ANTEQUERA A 26 DE MARZO DE 1995,  
DOÑA MARÍA ROSA GARCÍA PIMENTEL.**

Dime, Antequera, noble ciudad, cómo palpita tu corazón al sentirte única e indescriptible urbe en la historia de los grandes pueblos béticos.

Dime, cómo llegaron hasta ti los Milites Romani y te hicieron suya. Una conquista sin igual a lo largo de su Imperio.

Dime, Antequera, qué sientes en días como éste cuando al compás de la música del viento y al arrullo de tus torres, oyes hablar a tus antiquísimas piedras. Piedras desgastadas por el paso de los años pero, por vetustas, poseedoras de toda tu sabiduría.

Y yo con respeto a mis mayores, las dejo hablar, narrar la historia que conforma y hace prevalecer la vida de todo un pueblo: ¡Habladme para que pueda comprender toda la grandeza. la simplicidad, en lo complejo de tu esencia!

¡Hablad, vetustas piedras antequeranas!

¡Susurradme el sabor de lo añejo, de lo puro!

¡Susurradme todo el llanto, todo el desconsuelo y por ende toda la esperanza que habéis vivido!

¡Hacedme intuir lo que es imperceptible para estos ciegos ojos de observadora inquieta!, ¡tanta novedad y esquisitez de formas!

¡Hacedme ver lo dulce del bienmesabe y la hospitalidad antequeranas!

¡Hazme, Antequera, conocer tu historia a través del toque infantil de los campanilleros, del sonido brusco y sobrecogedor de las horquillas!

¡Inúndame, ciudad conventual, con tu aroma en el recogimiento sereno de tus espléndidas iglesias!

¡Sáciame con el agua fresca de tus manantiales y hazme bajar hasta la vega para regar los campos con la bendición y la espera del fruto deseado!

¡Sonrójame como flor en primavera! ¡Ábreme como capullo de rosa en tus tierras para llenarme de luz y color!

¡Comparte conmigo la textura delicada y elegante del terciopelo de palios y mantos con los que las cofradías procesionan a tus entrañables dolorosas!

¡Antequera, sueño de poetas, artistas y clérigos! ¡Antequera, tan cerca de mí estás que puedo sentir el soplo de tu arenisca al rociarme con el perfume fresco de tu historia!

¡Una abigarrada amalgama de pueblos -íberos, libiofenices, romanos, árabes, castellanos- conformaron en esta encrucijada de caminos una de las ciudades más emblemáticas del sur de España! ¡Todos se sintieron cómodos y prósperos en estas tus tierras, Antequera!

¡Antequera, tú haces al visitante sentirse huésped ufano, parte de la comunidad!

¡Antequeranos, poseéis un duende mágico y lo guardáis celosos, dejándolo escapar livianamente para que cautive a todo aquel que por aquí pasa!

¡Reclamáis la mirada del visitante y con todo el amor y la ternura que sois capaces de dar, conseguís que en su recuerdo siempre haya una imagen sepia de estampa señorial de esta rica y monumental ciudad!

¡Antequera es duende, es recuerdo, es nostalgia e historia viva!

¡Lugar de paso y lugar de encuentro, Antequera, tú consigues que te añoren y en mí lo has conseguido!

¡Permitidme que, adaptando los versos del poema "El Jardín de al Andalus" del árabe-andalusí Ben Jachafa, cante a vuestra ciudad, ya mi ciudad:

Nada más bello, antequeranos,  
que vuestra vega frondosa,  
jardines y bosques  
y claras fuentes sonoras.

Edén de los elegidos  
es vuestra tierra dichosa;  
si a mi arbitrio lo dejasen  
no viviría yo en otra.

El infierno no temáis  
ni sus penas espantosas  
que no es posible el infierno  
cuando se vive en la gloria.

Señor. Vicario Episcopal.

Ilustrísimo Señor Alcalde de la Ciudad de Antequera.

Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías de Antequera.

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde y Nuestra Señora de la Vera Cruz.

Cofrades, amigos, señoras y señores:

Es para mí un honor compartir cátedra con las ilustres personas que han pregonado a esta dignísima corporación. Es un honor traeros el recuerdo de Montero Galvache, de mi entrañable Antonio Garrido Moraga, de mi esposo Rafael Chenoll Alfaro y, como no, de mi inestimable Jesús Castellanos. A todos ellos mi recuerdo y mi cariño.

Mas a ti, Jesús, quiero especialmente manifestarte todo mi agradecimiento por tan deliciosas palabras para conmigo. Compañero y hermano en este caminar duro y difícil de hacerse cofrade. Tú y yo conocemos el sabor amargo de la incomprensión, pero aún no sabemos qué es la falta de ilusión y la carencia de esperanza.

Ilusión y esperanza, siempre. Amor fraterno y fuerza para seguir adelante, a pesar de los múltiples obstáculos. Obstáculo a veces duro como esa frontera de hormigón llamado río Guadalmedina.

Fuerzas, digo, para seguir dando ejemplo del bien hacer, del respeto a lo establecido, del respeto a nuestros credos, a la tradición. Sin hacer jamás a nuestras cofradías banderas de nada.

Bien sabemos todos y tú, más y mejor que nadie, que ese puente conduce y conducirá siempre hasta Nuestra Señora de los Dolores, por más desviado que lo hayan puesto, atendiendo a no se sabe qué parámetro urbanístico. El eje del puente, Málaga entera lo sabe, es la Virgen de los Dolores.

¡Gracias, Jesús!

¡Hermanacos, necesito que me ayudéis a amarrar mi almohadilla! Mi familia cofrade, esta tarde, sois vosotros, Estudiantes. Sé que estáis todos aquí para acompañarme y allanar mi camino.

Pero necesito, como el latir de mi corazón, amarrar la almohadilla para hacer más liviano el peso de este trono-pregón que confiadamente habéis depositado en mi humilde persona.

¡Estudiantes! ¡Queridos archicofrades! ¡Ayudadme! ¡Sin vosotros no podré! ¡De esta forma todos viviremos al unísono el duro pero preciado yugo de tal responsabilidad! Lo único que espero es que ninguno de vosotros, al ser nueva en esta armadilla, me haga la maillá. ¡Sé que no y me consta!

Antequeranos, la pregonera quiere ser la tarjeta que anuncie la ya inminente Semana Mayor. Aunque esta cofradía no la lleve, el pregón es en cualquier hermandad su tarjeta de presentación. Tarjeta entrañable que para mí constituyen orgullo y honra.

Al anochecer, un arcángel envuelto en luz resplandeciente descendió hasta el lecho de una mujer humilde y sencilla, una mujer del pueblo de David.

Ella creyó soñar, al mismo tiempo que contemplaba con sus ojos, asombrada, turbada, aquella imagen celeste. Una vez se hubo despertado, oyó serenamente sus palabras:

" TU SERÁS LA MADRE DEL HIJO DE DIOS... "

Con toda la fuerza que sus creencias le inspiraban, acogió en sí este mandato.

Ella, una mujer del pueblo, era la elegida por el Padre para abrigar en su seno al Hijo del Hombre.

Ella que no poseía nada.

Ella, mujer de su casa, trabajadora y fiel a sus preceptos religiosos.

Era Ella quién daría a luz al Dios Hijo.

Ella aceptó:

" HÁGASE TU VOLUNTAD ".

La bondad, la disciplina y la generosidad son las características más estimables de esta mujer, llamada María, que sin titubear, sin la más mínima duda, aceptó obedeciendo al Padre.

Aceptó de plena voluntad a pesar de no haber conocido varón, aunque estaba desposada con un carpintero llamado José.

A pesar de ello acepta y su decisión es valiente, muy valiente.  
Acepta ser Madre. Madre de Nuestro Señor Jesús, el Cristo vivo.

En Ella no existió la preocupación de estar embarazada, circunstancia muy fuerte en aquella sociedad donde los preceptos morales eran tan exquisitamente cumplidos que José su desposado, pensó incluso repudiarla.

Pero fue avisado a tiempo. José tuvo una visión semejante a la de María. Y aceptó que su mujer estuviese embarazada, aunque él no fuese el padre de la criatura.

Ambos estaban predestinados a ser los padres terrenales del Mesías, encarnado en María por el Espíritu Santo.

María, mujer sumisa y obediente, marcada por todos los cánones culturales y cultuales de su época, expresaba:

" HÁGASE EN MÍ SEGÚN TU PALABRA ".

La Fe, su Fe era única. El impulso de su Fe fue decisivo para llevar a cabo tal gesta...

María albergó en su vientre, símbolo fecundo de vida, un hijo. Arropó al Enviado del Padre. Alimentó con su sangre a la Vida. María era y es Vida.

Hubo de ser muy duro, María. Arriesgado aceptar y llevar en tus entrañas al Hijo de Dios, al Hijo de Dios hecho carne de tu carne y sangre de tu sangre, sin haber conocido varón.

Pero María era estrella radiante que empezaba a multiplicarse en la noche para darnos luz.

María acepta y acepta con todas las consecuencias. No imaginaba entonces que tal aceptación le fuese a causar tanta tristeza y tanto, tanto dolor.

¡María, mujer, gallarda fue tu hazaña!. Y en ello demostraste por siempre jamás que una mujer embarazada dentro de una sociedad donde los cánones de la religión eran cumplidos sin concesiones, podía ser feliz, muy feliz, llevando en su vientre, acariciando en su seno, a un pequeño ser que empezaba a tener vida.

¡María, Mujer! ¡María, Madre, Tú lo hiciste, porque de ese modo se quiso! ¡Tú adornaste la habitación donde se formó aquel bello sueño, aquel ser humano y divino!

¡Madre, nueve meses! ¡Madre, nueve meses de alegrías y sinsabores, de llantos y consuelos, de esperanzas y amor hacia el fruto de tu vientre y carne de tu carne!

¡Nueve meses, madre, viendo transformarse tu cuerpo para dar cabida al Hombre, a Jesús, al Nazareno, al Cristo, a Dios!

Y llegó la hora, Madre, la hora deseada pero también dolorosa del parto. Las circunstancias hicieron que, poco tiempo antes de dar a luz, tuvieras que viajar hasta Belén, para inscribirte en la casa de David. Un viaje largo y penoso. (Madre, con qué fuerzas lo realizaste! ¡con qué amor día y noche!

Pero, Madre, nadie, nadie te acogió. Nadie se compadeció de tu estado. Nadie vio en Ti que alimentabas la Esperanza.

Sólo desprecio, desolación y la noche cubriéndote. En compañía de tu esposo y, teniendo como techo el gran palio aterciopelado del cielo iluminado por la luna y las estrellas, te cobijaste en una cuadra.

Imagino tu angustia serena, tu dolor sin dolor, tu calma calmada, la esperanza puesta en la luz de traer a la vida a un nuevo ser, tu bebé, tu niño, tu hijo, Madre.

Una tranquilidad majestuosa, un silencio sobrecogedor, perfilaban en tu rostro la sonrisa de la mujer más bella y tierna porque ibas a ser Madre. ¡Tú ibas a dar a luz! ¡Madre, dime que se siente al dar vida a la Vida!

Dios Padre te protegía con todo el Amor que no supieron darte aquellos lugareños. Y Tú, alrededor de la media noche, en aquel trono de paja con dos varales, un buey y una mula, bajo el palio negro de la noche bordado en plata de luna y estrellas, sentiste como una parte de Ti se desprendía, te abandonaba después de nueve meses de vinculación tan íntima, se alejaba de Ti para después volver a Ti.

Sin rasgar el velo de exquisita virginidad, trajiste a la Luz, diste al mundo un Hijo para la Vida, un Hijo para la Muerte Redentora, un Hijo para nuestra salvación, un Hijo para tu Dolor y para Tu Lamento.

¡Y la Verdad llegó al mundo! ¡Para diluir todas nuestra dudas! ¡Para fraguar todas nuestras esperanzas! ¡Haciéndose presente en nuestra fe!

¡Jesús de Nazaret, Jesús Nazareno, a Ti me dirijo para ofrecerte esta promesa de amor!

¡A Ti que me inculcaste tanto Amor al Padre!

¡A Ti que moriste por nuestra salvación!

¡A Ti que fuiste perseguido, amenazado, traicionado y condenado a muerte de cruz como un perverso criminal!

¡Nazareno, a Ti que colmaste las desdichas de muchos y los anhelos de otros!

¡Nazareno, a Ti que promulgaste las enseñanzas de Dios Padre a todos los hombres!

¡Nazareno, a Ti que mala suerte tuviste! (y qué afortunada para todos nosotros!

¡Nazareno, a Ti que estabas rodeado por los Doce, seguidores de tu creencia y amantes de Dios!

¡Nazareno, a Ti que dejaste que las mujeres se te acercasen, del mismo modo que lo hacían los hombres!

Muchas de ellas en aquel entonces te seguían y servían igual que los doce, comulgando en la misma Verdad. Mujeres que como ningún ser humano desde entonces hasta ahora, supieron captar la sublime esencia de tu mensaje. A lo largo de tu corta vida hubo personajes femeninos arquetípicos de tus vivencias y de ello se hacen eco las narraciones bíblicas y apócrifas.

¡Mujeres, sí! ¡mujeres como María, Tu Madre! ¡Nuestra Madre! ¡Que como Madre sufre y espera, ama y llora, consuela y alivia nuestras penas!

Mujeres como la hija de una cananea a la que curó de sus enfermedades.

Mujeres como la suegra de Simón a la que sanó de su mal.

Mujeres como la madre de los hijos de Zevedeo a la que escuchó y reprendió en sus súplicas.

Mujeres como Marta y María de Betania, hermanas de Lázaro, a las que Jesús amaba, según nos atestigua Juan.

María, la que ungió a Jesús con perfume y bálsamo y le secó los pies con sus cabellos como augurio de lo que tenía que pasar. Ella también unguiría el cuerpo inerte de Nuestro Señor.

Mujeres como aquella adúltera de la que nos relata Juan, iba a ser apedreada según las leyes de Moisés por su pecado. Jesús intervino diciendo

"Aquel de vosotros que esté sin pecado que arroje la primera piedra".

Y cuando todos se retiraron, quedándose Jesús sólo con la mujer le dijo:

"Mujer, nadie te ha condenado".

Ella respondió: "Nadie, Señor".

Jesús le dijo: "Yo tampoco. Ve y no peques más".

Así, de este modo, otras tantas mujeres cofrades de Antequera como María Magdalena, Juan y María la de Santiago, Salomé y muchas otras, le seguían y servían en aquel lugar donde estuviese.

Mujeres como vosotras, mujeres cofrades de Antequera. Mujeres que día a día estáis siguiéndole, cuidándolo y dándole el testigo más fuerte de nuestra presencia a su lado.

Mujeres como tú, Carmen, que, a semejanza de la Mujer Verónica, enjugas cada día el cuerpo sangrante y amoratado de nuestro Nazareno de la Sangre.

Mujeres como tú, Puri, que contemplas callada y doliente al Hijo de Dios clavado en la Cruz con la esperanza de la Resurrección.

Mujeres como tú, Isa, que con mimo y dulce ternura alivias los Dolores de Nuestra Señora de la Vera Cruz, compartiendo con Ella momentos tan íntimos en su desconsolado dolor por la pérdida del Hijo.

Mujeres como Vivi, Pili, Chari, Amparo, Lourdes y muchas más que, aunque sus nombres no aparezcan aquí reflejados conforman el cortejo de las Mujeres de Jerusalem en esta Hermandad.

Mujeres que saben y conocen como aquellas de las Escrituras que la Salvación está próxima si se acercan al Nazareno.

Nazareno de la Sangre, Nazareno de la Cofradía de los Estudiantes, los judíos te condenaron al igual que muchos otros hoy te condenan por la apariencia, pues en la carne no ven resplandecer la gloria del Hijo de Dios.

Nazareno de la Sangre, en tu caminar hacia el Gólgota, condenado a muerte de cruz, símbolo de la Verdad y la Vida, con paso suave iniciaste el sendero de nuestra Salvación.

Nazareno, por las calles de Antequera con tu cruz, chorreando sudor y sangre, lágrimas y aliento, desprendiéndote de todo el Amor que posees.

Nazareno, Tú vertiste y viertes tu Sangre por todos y cada uno de nosotros que estamos aquí y por todos los seres del Universo.

Nazareno, tomaste la cruz sobre tu hombro izquierdo, hacia adelante, rozando casi con tu rostro, mostrando el atributo del suplicio, el patibulum. Pero también tomaste la cruz

como símbolo del cetro, de la Victoria. Pues al portar la cruz nos diste la dicha plena.

Nazareno de la Sangre. Tú recibiste la cruz como plena aceptación del sacrificio. Esa cruz es estandarte de Fe.

Nazareno, caminabas entre la muchedumbre en dirección al Gólgota, pero no ibas hacia la Muerte, sino hacia la Vida.

Nazareno, mientras soportabas las blasfemias y las burlas de la gente, tu rostro manaba sudor y sangre. Sangre, Señor, que este bendito pueblo venera en sus cultos porque el culto a la Sangre Preciosísima de Cristo como fuente de vida participa de la mística de la Eucaristía y se integra dentro en la esencia del estilo impuesto por las hermandades de la Vera Cruz.

Nazareno, nadie se compadecía de Ti. Todos te miraban absortos contemplando la fuerte y dura condena. Unos, asustados, otros asombrados de tu fortaleza para llevar el madero. Otros se resignaban y veían alguna posible esperanza. Los más desaparecían y se perdían entre el gentío por miedo a ser reconocidos, entre ellos tus doce, Señor.

Nazareno, hubo alguien que se acercó hasta Ti en esta calle de la amargura antequerana, en la misma plaza de San Sebastián. una mujer, Señor. Una mujer enjugó tu rostro que manaba sangre. ¡Sangre! ¡Señor, cuánta sangre derramada!

Al enjugar su rostro, alivió sus penas. Los ojos del Nazareno le decían:

"Por ti y por los otros, mis hermanos, llevo esta cruz, camino del Calvario".

Una mujer fue la única que se acercó con valentía, sin mirar ni temer a nada y a nadie. Sólo una mujer pudo y puede hoy en día acercarse de este modo al Nazareno. Sólo una mujer puede enjugar su rostro, aliviar las llagas de este Nazareno de la Sangre. Porque la mujer es valiente, es compasiva y normalmente no teme estar tan cerca del Padre para aplacar la insatisfacción de la amargura.

Mujeres que sois del nazareno de la Sangre, seguid enjugando su rostro, seguid como aquella Santa Mujer Verónica, acercándoos cada vez más para contemplar y acariciar ese Rostro de Dolor, ese Rostro de Amor.

Vosotras sois los varales de ese palio que cubre al Hijo del Hombre, maltratado por todos los hombres y mujeres que no supieron ver en El la luz del universo.

Vosotras, como cariátides, mantenéis ese gran palio burdeos que protege y cubre al Rey de Reyes, a Jesús de Nazaret, a Jesús el Nazareno.

Y Jesús continúa andando hacia la Vida Eterna. Era su última peregrinación, su última doctrina, su última enseñanza. Se apercibe de que algunas mujeres, mujeres de Jerusalén, se dolían y se lamentaban por El.

Jesús volviéndose a ellas, les dijo:

" Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad



más bien por vosotras y por vuestros hijos.  
Porque llegarán días en que se dirá: Dichosas  
las estériles, las entrañas que no engendraron  
y los pechos que no criaron.  
Entonces se pondrán a decir a los montes:  
¡ Caed sobre nosotros !  
Y a las colinas:  
¡ Cubridnos !  
Porque si en el leño verde hacen esto, en el  
seco ¿ qué se hará ?.

LEÑO VERDE. SANTO CRISTO VERDE.

Y llegaste al lugar destinado para tal fin.  
Te despojaron de tus ropas.  
Se sortearon tu túnica.  
Te clavaron en la cruz con tres clavos, Señor.  
Tres clavos fueron suficientes para exponer al mundo el Vero Icono.  
Tres calvos sujetan la vida.  
Tres clavos sujetan la salvación.

El tres engendra todas las cosas. Y éstas tienen la oscuridad a la espalda y aspiran a la luz; y a la fuerza desbordante les confiere armonía.

Jesús ya está clavado en la Cruz. Existiendo una reducción a lo terreno y un despliegue hacia lo infinito. En la Cruz perviven Mundo, Hombre y Divinidad.

Al ser clavado con solamente tres clavos, se puede interpretar atendiendo a la simbología de dicho número como en primer lugar existe una Redención del mundo por Cristo; después la interpretación de Cristo como LOGOS; y por último, como la joven Iglesia recogió el antiguo significado solar aplicándolo a Cristo. Como se dice en la confessio de San Patricio, apóstol de Irlanda:

" Nosotros creemos y adoramos al verdadero Sol, Cristo, que nunca se pondrá ".

El acontecimiento de la cruz representa una humillación vergonzosa y al mismo tiempo una gloriosa exaltación, el sufrimiento del hombre hasta la muerte y la consiguiente ascensión al cielo del Hijo de Dios.

Cristo, según Efesios, es el mismo que subió por encima de todos los cielos, llenándolo todo. Esta bajada y esta subida puede contemplarse en el doble símbolo del pesebre y la cruz.

Así el poeta Rudolf Alexander Schröder, los relaciona con estaciones temporales de la vida. Sin duda se puede decir como de la muerte procede una nueva vida, como el que fue ajusticiado como hombre se convierte en Dios que dicta justicia en el juicio final:

Cruz y pesebre. ¡No hables,

reza, da gracias y llora!  
¿Dónde tienes tu casa terrena?  
¿Y dónde tiene dios la suya?

Cruz y pesebre. Conténtate con sentir  
pues a nadie podrás explicar  
lo que significa ser juzgado  
y ser justo a la vez.

Santo Cristo Verde, agonizando lentamente, pediste al Padre, a Tu Padre:

Aparta de mí este cáliz,  
mas si es tu deseo lo beberé.

y bebiste, Señor, el trago más amargo, el sufrimiento más desgarrado, la pena más temida.

Tú también aceptaste, como aceptó tu Madre traerte al mundo. Por obediencia al Padre, a Dios.

Tú, colgado en la cruz, contemplabas el mundo, un mundo que te condenó y continúa condenándote cada día con más sin razón. Pero Tú sigues clavado en la cruz, haciéndote estandarte de todo un credo, reflejando con esa imagen el camino de la salvación, de la Vida Eterna.

Tuviste sed, Señor, y con una caña te acercaron agua y vinagre. tus labios y tus ojos estaban secos, Señor, como el leño seco, nada quedaba en Ti; solamente Amor, un inmenso amor.

El cielo se estremeció y tus ojos miraron hacia el Padre viendo el resurgir de la muerte a la vida. En ese instante, expiraste.

De pronto un soldado clavó su lanza en tu costado, esperando tal vez descubrir un último hálito de vida para arrebatártelo. Mas de tu costado únicamente se vertió agua y sangre. una última gota de sangre resbaló por tu piel hasta llegar al suelo para sembrarlo de dulces y preciados frutos.

Tu cuerpo muerto, Señor.....

Tu cuerpo muerto, Señor, confiesa el pecado del hombre.

Tu cuerpo muerto, Señor, produce la insatisfacción menos deseada.

Tu cuerpo muerto, Señor, revela la existencia de Dios.

Tu cuerpo muerto, Señor, devuelve la vista a un pueblo ciego.

Tu cuerpo muerto, Señor, confirma las Escrituras.

Tu cuerpo muerto, Señor, nos inunda de la verdad.

Tu cuerpo muerto, Señor, nos da fuerzas para soportar la cruz que todos y cada uno de nosotros llevamos sobre nuestros hombros.

Tu cuerpo muerto, Señor, nos da la esperanza.

Cristo muerto, Cristo Verde.

Cristo Vida, Cristo Esperanza.

Verde es el color de nuestra esperanza, como decía el verso de Vorágine:

Ligna crucis, palma, cedrus, cypressus, oliva.

El renacer de la vida, emblema de las cofradías de la Vera Cruz.

La cabeza de nuestro Santo Cristo Verde se inclina hacia el lado derecho queriendo ser expresión del descanso merecido. También la posición del pie derecho encima del izquierdo es el triunfo de lo espiritual sobre lo corporal y de paso el tránsito a la vida eterna.

A los pies de la Cruz estaba María, Su Madre. Situada en el lugar destinado a los hombres, el lado derecho. Las mujeres que acompañaban a los condenados a muerte de cruz debían situarse en el lado izquierdo. Sin embargo, María ocupa un lugar de honor en dicha tragedia.

Desde entonces la mujer ocupó un lugar de honor, un lugar destinado al varón. La Mujer, la Madre, ocupa ya el puesto destinado al hombre. ¿Por qué no ocupar nosotras, a semejanza de la Virgen, mujer a la que debemos imitar en todas las cosas de nuestra vida, el lugar destinado por costumbre, por tradición, al hombre?

La Madre Dolorosa contempla impotente la agonía de su Hijo, angustiada, deseando que El llegase definitivamente al encuentro con la Verdadera Vida.

El seco leño de la cruz se convierte en el árbol de la Vida y a la humillación más profunda le sigue la exaltación suprema.

De ese modo, la Cruz apunta más allá del tiempo y el espacio. Es el espacio hacia lo totalmente otro, hacia lo inescrutable: esto nos permite tomar la conciencia de que todo lo pasajero es sólo una metáfora de lo Eterno.

Eterna será, Madre, su misericordia.

MADRE DE LA VERA CRUZ, Tú asististe a su último aliento de vida terrena.

Y tus lágrimas regaron el Seco leño dándole Vida.

¡Cuántas lágrimas vertidas, Madre!

¡Qué dolor! ¡Qué angustias, Madre!

Tu felicidad de madre se nubla por la llegada de la muerte.

Tu corona de flores se transforma en corona de espinas.

Tu cuna de pajas se convierte en madero de Cruz.

Tus alegrías de Madre al ver crecer a tu Niño se tornan desolación y llanto.

Virgen Madre, tus vestidos se cubren de negro luto, la tristeza de tus ojos solamente se ve aliviada por tu Amor al Padre.

Virgen Madre, la soledad se encarnó en Ti, en Ti que habías abrigado la Esperanza.

Tú, situada a sus pies, contemplando como el fruto de tu vientre, estaba marchito.

Contemplando como tu corazón y el suyo se desgarraban por el dolor.  
Él por darte sin quererlo tanto sufrimiento y Tú, Madre, viendo como tu hijo perecía de aquella brutal manera.

Madre, sentiste como la Muerte se acercaba hasta Él.  
Madre, viste a la Muerte siendo ya sombra de tu ser.  
Madre, viste como ella, La Muerte, se adueñaba de Él, se llevaba al Amor de tus Amores.  
Madre a ella te dirijiste diciéndole:

Señora de la Muerte, arrebatámelo rápidamente.  
Señora de la Muerte, no te cebes en su dolor ni en el mío.  
Señora de la Muerte, afila bien tu guadaña y llévatelo ya.  
Señora de la noche infinita, nunca eres esperada ni deseada, mas yo, ahora y en este instante, te pido como madre:

" Recógelo en tu seno, ¡qué no sufra más ! ".

Jamás pensaste decir estas palabras. Madre, jamás creíste hablar con la Oscura Señora y rogarle, pedirle, como sólo Tú sabes hacerlo, por Tu Hijo que le quitase la vida, que se llevase su último soplo; suplicarle que cesara ese lamento.

¡Madre de la Vera Cruz, cómo supiste ser madre!

Señora, Virgen Madre de la Vera Cruz de Antequera, como hija te pido:

Sigue, Tú, siendo nuestra madre, aunque nosotros no nos merezcamos tanta dicha. Sé, Tú, intercesora nuestra ante El Padre. Y cuando a todos nosotros nos llegue el momento de emprender ese largo y maravilloso viaje hacia la Resurrección y la Vida Eterna, te pido que, al igual que hiciste con Jesús, Tu Hijo, hagas con todos nosotros.

Ruégale a la Señora de la Muerte que tenga la guadaña preparada para arrebatarnos de súbito la vida terrena para encontrarnos más pronto con Dios Padre.

Virgen Madre, Virgen Pura, las lágrimas llegaron a secar tus ojos, no hubo más llanto. el cielo se estremeció. Virgen Madre de la Vera Cruz, la noche oscura y tenebrosa te cubrió, la luz había desaparecido.

Pero todavía quedaba un hilo luminoso, una brizna de vida en aquellos tus ojos enrojecidos por el llanto. La Luna y las estrellas te devolverían la claridad, la luz más resplandeciente, al saber que al tercer día, la alegría volvería a tu rostro, pues el Hijo de Dios estaría sentado a su diestra; pues el Hijo de dios, Tu Hijo, Madre, resucitaría.

Y Tú, al igual que Nuestro Señor Jesús, Tú, Virgen Madre, como Reina del cielo, tendrás tu sitio en el punto más alto de éste.

Aquí, en Antequera, en esta querida cofradía -al igual que en otras-, la Virgen está representada con la Luna a sus pies, las estrellas iluminan su aterciopelado palio negro, haciéndose la luz en las tinieblas de la amargura.

Aunque la Iglesia en su aspecto lunar ha de morir en la noche terrestre, recibe una nueva vida con el sol que se alza en la Pascua.

Desde el siglo XII, el Sol, la Luna y la Corona de doce Estrellas se convierten en imágenes de la belleza de la Virgen María. Ante esto, el Papa Inocencio III escribió: " Debería mirara la luna el que yace sepultado en la sombra del pecado y del crimen. Al haber perdido la gracia divina, el día ha desaparecido para él, ya no brilla para él el sol, pero la luna sigue en el horizonte. Vuélvase a María: bajo su influencia encuentran las personas a millares cada día el camino de Dios ".

Al igual que la Luna, Tú, Madre, siempre estás en el horizonte, atenta a nuestras súplicas.

Al mirarte contemplamos en Ti toda la gracia y toda la bondad que de tus ojos se desprenden.

Al igual que Tú, Madre, aceptaste, Tu Hijo también aceptó. La aceptación y el sacrificio, la obediencia a Nuestro Padre dios son modelos a seguir e imitar.

Que el dolor de tu rostro podamos aliviar.

Que el lamento podamos aplacar.

Que tanta sangre derramada nos sirva para cubrir de roja pasión todos nuestros pecados.

Que tu pena de madre podamos consolar, convirtiéndonos hijos dignos de una Madre ejemplar.

Que este próximo Lunes Santo, todos los antequeranos y en especial tus estudiantes, Señora, sean capaces de atenderte y mimarte como hasta ahora lo han hecho. Y si cabe aún más para Gloria de tu nombre, Señora de la Vera Cruz.

Que este Lunes de Pasión, alguien no importa quien, pueda decirte una Sinfonía, como lo hizo hacia 1926 el poeta iraquí Abd- Al Wahhad al Bayati, que yo humildemente he adaptado para hacerla llegar hasta Ti:

Un saetero lanzaba sus miradas de rosa a la Virgen.  
Y la Virgen, lo mismo que una pluma  
girando sobre sí, intentaba alcanzar la noche  
muerta sobre las vetustas piedras de Antequera,  
con el pecho cubierto de puñales, estrellas y azucenas.

El pálido cantaor de saetas perseguía con su canto a las sombras.  
Su mano dibujaba en el vacío la forma del pecador,  
del desesperado, de la muerte.

Y la Virgen, lo mismo que una pluma volaba  
tras su mano temblorosa y humilde.

Como solía, Antequera se hundía en el silencio.

El saetero gritó: despertaos, columnas, templetes, arcos  
en el poeta del futuro, en un poema profético.  
Gritó: ¡Despertad, Historia y leyenda!

Y la Virgen extendió su mano hacia la de él,  
y lo abrazó.

Estaban juntos, convertidos a una Fe llameante.  
Y la rosa se encendió en su pecho.  
El saetero gritó: ¡Abrazame, oh Madre!  
La cabeza de Ella se inclinó.

Se encontraron ambos cuando el hijo acudió a la Madre.  
Este es el tiempo de la Muerte doble la almohada de la primavera.

La cabeza de él se inclinó y Ella lo abrazó,  
cuando llorando perseguía a las sombras  
en su canto, que subía de lo hondo de la leyenda.

Como solía, Antequera estaba hundida en el silencio,  
y, al alba, sobre sus puertas, la Virgen dibujaba sonrisas  
con el pecho cubierto de puñales, estrellas y azucenas.

He dicho.